



Desengaños

Muchos años antes, cuando el monte aquel no era coto de caza sino criadero de esparto para el aprovechamiento común, había sido uno de los ideales más acariciados é inasequibles de Emilio Ferreras. Por desgracia, se le quedó en ideal siempre. Las órdenes prohibitivas eran terminantes, y Emilio no se atrevió jamás á contravenirlas escapándose cualquier mañana para cazar nidos, como solían hacer los chicos del pueblo. Las zozobras y temores de su madre, tenían á Ferreras encerrado en las tapias del jardín; y el mozo hubo de contentarse, allá en las temporadas de verano, con la muda contemplación á distancia del monte, tan misterioso y vario de forma según la manera y el lado por donde lo alumbraba el sol.

Después olvidáronse aquellos amores de la Naturaleza, que trocó por otros amores ciudadanos de muy diferente indole; y ¡adiós veraneo, adiós contemplaciones y arrobamientos rústicos!

¡Quién le había de decir á Ferreras que volvería al campo en busca de paz, de tranquilidad, de conversación íntima consigo mismo, de la que estaba bien necesitado para poner orden en las alborotadas ideas, y que el monte de sus ensueños de niño le iba á entregar ahora, de una vez, todos sus secretos, sin que él los apreciase ni supiera saborearlos!

Ni por un momento pensó en perseguir á los conejos y las perdices. Contentábase con asustarlos, gozándose al verlos correr ó volar, en rápidos movimientos que mostraban el único cuidado del instinto de conservación. Lo que á Emilio le gustaba del monte, sobre todo, era la soledad, el silencio, lo accidentado del paisaje, los grandes pliegues llenos de sombra, las fuentecillas y los barrancos encharcados, el aire sutil que sonaba entre el ramaje de algarrobos y almendros. Parecíale todo aquello como preparado para él, para ayudar á la elaboración penosa y constante de su pensamiento, en el reposo solemne

que semejaba un alto en la vida de la Naturaleza. Acostumbrado al ruido de las grandes ciudades, aquella calma dejábale sordo; se le antojaba cosa extraordinaria y anómala, como un cataclismo venido de golpe, que sellara la boca de las cosas y parase las ondas del sonido en el aire.

Y con todo esto, volvía á sus meditaciones, á su lirismo, que siempre paraba en la preocupación dominante. Se distraía con cualquier idea, pensando en mil cosas diferentes, leyendo á veces en algún libro que llevaba; y de pronto, ¡zas! una punzada en el corazón, y surgía el recuerdo, el maldito recuerdo que era como el remordimiento de una de esas faltas de que el tiempo no redime, y que están siempre presentes, amargando con su gotita de acibar los gustos más intensos.

Impaciente como buen nervioso, Emilio, llegado el cuarto día sin que se produjese el alivio buscado, pensó en renunciar á él; y para llegar á una resolución—cosa que solía costarle mucho, de ordinario,—se sentó en un cerro, bajo un algarrobo florido y cerca de una fuentecilla, bebedero común de pájaros, tórtolas y palomos silvestres. Allí, abarcando extenso paisaje que aún alumbraba fuer-

temente el sol, próximo al ocaso, dejó Emilio errante la mirada para mejor pensar, sin distraerse en cosas externas. No le fué propicia la suerte. A los pocos minutos creyó divisar, algo lejos, la figura de un hombre que venía en dirección al cerro, y sin motivo alguno pensó que aquel hombre iba á encontrarlo, á charlar con él, á distraerlo...

—De fijo es un cazador, que se gozará en hallar un compañero á quien referir embustes. En cuanto me vea, caerá sobre mí sin duda.

Cerró los ojos como quien ve llegar un peligro inevitable; y en la suprema dejadez de su alma, no se le ocurrió huir, esconderse, hacer algo para esquivar el golpe.

El cazador había desaparecido tras un recodo, y á poco se mostró nuevamente, escalando el cerro pero desviándose de la fuentecilla. Oíase ya el ruido de las piedras que removía al andar y que rodaban pendiente abajo, y al fin apareció en la cumbre, jadeante y gozoso de que hubiese terminado la subida.

Quedó Emilio absorto mirándolo, y se levantó bruscamente.

—¡Pepe!—exclamó.

Miró también el recién llegado, y al punto gritó con evidentes muestras de alegría:

—¡Demonio! ¡Si es Ferreras! ¿Cómo tú por aquí?

Abrazáronse.

—¡Vaya un encuentro!—dijo Emilio.—¿Cómo habia yo de sospechar que andabas por estos sitios? Cuando te he visto venir, no sabes lo que he renegado de ti, sin saber quién eras. Quería estar solo...

—¿Y tú?—preguntó Pepe.—¿Qué te trae por estos montes?

—¿Pues no sabes que ahí cerca tengo una casa de campo? Me concedieron permiso para cazar en el coto, y vengo en busca, no de conejos, sino de olvido.

—Penas, ¿eh?—interrumpió Pepe.

—Sí.

—¿De amor?

—Casi, casi.

—¡Choca! Somos hermanos. Dos años hace que arrastro yo una. Toda mi larga ausencia de Madrid, tan inexplicable para los amigos, tiene ese origen. Vosotros creiais que andaba yo divirtiéndome por Europa, y lo que hacía era huir.

—Mi mal es más reciente, pero mayor, de fijo, que el tuyo.

—¡Eso sí que no!—exclamó Pepe recostándose en el suelo, después de dejar la escopeta apoyada en el tronco de un árbol. —Mi desengaño ha sido tremendo, de esos que dejan huella eterna en el espíritu y lo torturan para siempre.

—¿Has sido engañado?

—¿Engañado? No; no es esa la palabra. Fui yo más bien quien hube de engañarme, de crear fantasmas é ilusiones sin base de realidad. Y como no eran reales, se desvanecieron al menor soplo. ¡Pero han sido tiempos de prueba, de lucha, de desesperación!... He querido á esa mujer—¡y la quiero, Emilio! ¿por qué no confesarlo?— más que á nada en mi vida. Figúrate que es mi existencia entera, toda la historia de mi juventud con sus ensueños y sus arrebatos, toda la intimidad de mi espíritu en lo que tiene de más personal y secreto, en lo que nunca sale afuera para caer bajo las miradas del público indiferente ó burlón... Año tras año fui poniendo en ella todas las energías afectivas de mi alma, procurando atraerla á mí, comunicarle el fuego que me devoraba, ligar su vida con la mía de manera indestructible, para que yo le fuese eternamente necesario y sintiera como yo el dulce y

santo deseo del hogar común, centro de la existencia íntima sustraído á las tribulaciones del roce social. ¡Y todos mis esfuerzos han sido perdidos! Mientras fué una niña, sin personalidad propia, sin conciencia de su intimidad y del mundo, mi voz pudo fascinarla y levantar en ella la ilusión de ser para mí lo que yo quería y necesitaba. Lo creyó ella misma, como en un sueño creemos firmemente que somos reyes, sabios, mendigos, esclavos ó ángeles. Mas apenas creció su espíritu y pudo desasirse de la tutela del mío y volar por sí propio, fué alejándose, divorciándose de mí, buscando en otra parte el alma gemela con la suya, que por algún tiempo creí tan mía... ¡Y el desengaño ha sido ese! haber sido inútiles todos mis esfuerzos, haber derrochado todo mi cariño, lo mejor de mi vida, en un trabajo sin éxito, sin recompensa, y cuya anulación me deja desfallecido para rehacer lo hecho, para buscar nuevamente, con nueva dedicación de mi alma, un amor y una intimidad como los que, paso á paso, poniendo en ellos lo mejor de mis fuerzas, creí haberme creado. Es como si, confiada toda mi fortuna á un banquero, éste huyese de pronto, dejándome en la miseria y sin áni-

mos para volver á trabajar, aun sabiendo que la inacción es la muerte. ¿Pero no lo es también, acaso, y quizá más, la ineficacia de la acción?

Reinó un momento de silencio, en que los dos amigos parecieron sumirse en la suave calma de la Naturaleza. Próxima á ellos cantó una tórtola, y su arrullo tristón esparcióse límpidamente por el aire, como un lamento con que el monte respondiese á la melancolía de los hombres.

—Mi pena—dijo al cabo Emilio—es enteramente contraria á la que te tortura; pero es más grande, más desconsoladora y amarga. Tu desengaño es vulgar; apenas hay hombre que no lo haya sentido más ó menos. Es tan normal, tan frecuente, que ya el mundo lo descuenta y lo pone en la categoría de los romanticismos, si el que lo sufre se atreve á quejarse como tú te quejas... No—añadió notando que Pepe iba á interrumpirle,—no es que yo piense así en absoluto, ni que desconozca el valor de ese desencanto, cuando se produce en un espíritu tan recogido como el tuyo, que da á la vida interior todo el alcance y la transcendencia que debe tener. Quiero decirte tan sólo, que buscar un hombre el amor de una mujer y hallar el desvío, es

cosa de cada momento, precisamente por ser el hombre quien busca, quien tantea y ensaya sobre la disimulada reserva de la mujer, y á ciegas, por tanto, las más de las veces. Nosotros somos como el científico que busca la verdad: sabemos que la hay, que existe. ¿Dónde? Aparentemente, en todas partes... quizá en ninguna de las que tenemos presentes. Y llamamos, un poco á la ventura, en la puerta más próxima, con todo el ardor de nuestra alma, con el deseo turbado y la emoción temblorosa del que espera una respuesta transcendental. «No es aquí, pasa de largo», nos contestan á menudo. Y todavía, cuando dicen: «Aquí es, entra», nos preguntamos con zozobra: «¿Se habrán engañado tomándome por otro, por el que verdaderamente debe entrar aquí?» Sólo al fin de una vida de serena intimidad, de mutuo, inalterado acuerdo, cabe decir: «Entré verdaderamente en mi casa.» Y es tan vivo en todos nosotros el anhelo de hallarla, que con frecuencia nos contentamos con una sombra, sólo porque dibuja la mancha de la insegura realidad, y al primer cariño que se nos muestra nos acogemos como á puerto definitivo, temerosos de no volver á encontrar algo que lo sus-

títuya... Pues bien; yo he buscado, como tú, como todos; me he equivocado también; he creído ser amado, y he comprendido el error... Sólo una vez he sentido que me rozaba el alma un amor verdadero, un amor inmenso, un amor como el que todos deseamos, y, sin embargo, he permanecido impasible. Impasible, no, digo mal, porque me he dado cuenta de mi desgracia y he sufrido.

Calló Emilio un momento, y nuevamente se dejó oír, más próximo, más fuerte, el canto de la tórtola, que parecía gloriarse la voz del hombre.

—Tú que has buscado un cariño y no lo has podido encontrar—siguió Emilio,—no puedes figurarte lo que es tenerlo al lado, á disposición tuya, y no participar de él. Comenzó mi historia como siempre. Una mujer simpática, agradable, viva... Un secreto, una puerta cerrada... Llamé á ella como á tantas otras. ¿Quién sabe?, dije. Y avancé prevenido, con temor de interesarme demasiado; y esa reserva me perdió, porque quizá en el cariño hay que ir con el alma abierta, derrochando mucho para encontrar algo, como la Naturaleza derrocha tanta semilla para que se logre de cada mil una. A medida que fui

avanzando en el alma de aquella mujer, el fondo inmenso de ternura que atesora se iba mostrando á mis ojos, dibujándose y acentuándose al impulso de mis palabras. Halagado por ello, seguí avanzando, queriendo descubrir más aún, confundiendo mi amor propio y mi curiosidad de espíritu con la participación del mismo sentimiento que á mi paso iba desarrollándose. Y cuando ya se mostró á mis ojos en toda la pujanza de su vida intensa, y sentí, con delicia de experimentador, el inefable estremecimiento que causa la proximidad de todo lo grande, noté con terror que me hallaba muy lejos de sentir como por mi sentían, de responder al cariño que yo mismo habia despertado... ¿Comprendes ahora mi angustia? Buscar por tanto tiempo en la vida un amor inmenso que me satisficiera; haber empezado á dudar que lo hubiera como lo soñaba, y cuando, de pronto, se ofrecía á mi con la mayor grandiosidad imaginable, ¡sentir que no movía mi espíritu, que iba á ser labor infecunda en mi vida! Con fervor inmenso trabajé conmigo mismo para salir de aquella atonía maldita que me impedía gozar de lo mismo que deseaba. Oyendo las palabras de amor de aquella mujer y

repetiéndomelas á cada instante, quise levantar eco de ellas en mi alma; puse mi voluntad entera en asir la felicidad que se me ofrecía, quizá por única vez, pero, á medida que yo más me esforzaba *queriendo* sentir, el sentimiento verdadero, por esencia espontáneo y alado, negábase más y se me escapaba cruelmente. Y como el amor de uno solo no basta para la felicidad, por mucho que halague el amor propio, renuncié á ella, y hui como tú, por no saber aprovecharla.

—En resumen—exclamó Pepe al llegar aquí su amigo,—somos dos desgraciados tú y yo. ¿Qué más dá la causa?

—¿No ha de dar?—observó Emilio levantándose como para dar fin á la conversación.—Tú y yo hemos comprobado una cosa: que muchas veces el amor no engendra el amor, y que quizá nunca se encuentran los que habian de amarse verdaderamente; lo cual ya es tristeza bastante para los que nos damos cuenta de las cosas... Pero tú eres más feliz que yo, puesto que la felicidad suprema, que no entenderán jamás los egoístas, consiste, créeme, en amar, no en ser amado. El que ama siente. El que no, ¿qué más le dá que otro sienta por él? Y esta suprema im-

potencia de comunicación que á veces tiene el espíritu, es el más triste desengaño de la vida terrena.

Sin hablar más, oyendo cada uno la voz íntima y oscura de sus propios pensamientos, comenzaron los dos amigos á bajar hacia el valle. Estremeciase el monte con el soplo de la brisa nocturna que comenzaba á soplar, y en el fondo diáfano de la atmósfera, que el crepúsculo llenaba de luz suavísima, dibujábanse los vuelos rápidos de las aves que, en silencio unas, con alegres chillidos otras, volvían al nido para sumirse en el reposo de la noche cercana.





Cartas de hombres

INTIMIDAD

(De Juan Plebeyo á Julia de Uceda.)

.....

«Lo que más me apena de toda tu carta es que declares no entender la mía, es decir, no explicarte mi estado de ánimo, mis tristezas, mi desilusión. Si, ya está dicho, mi desilusión.

»Cuando yo era niño, tenía en mi pueblo muchos camaradas, condiscipulos de escuela. A no pocos me unia ese lazo estrechísimo que producen la edad casi uniforme, la comunidad de ideas, de anhelos, de ilusiones del mundo, el revuelo de fantasías sentido á la vez por todos, comunicado con misterio en interminables

U. A. N. L.

confianzas en que el íntimo bullir del alma de cada uno se aviva al contacto de la fiebre de los demás. Luego marché lejos; estuve ausente varios años. Unos me escribían de tarde en tarde, otros no. Yo seguía figurándomelos como antes, los creía ver siguiendo la misma curva que mi espíritu seguía, cambiando unas ilusiones por otras, la niñez por la juventud, pero siempre abierto el espíritu al ideal y el corazón al calor de las intimidades amistosas. Al cabo volví allá, vi á muchos de ellos, fui á buscarlos con emoción honda, como quien evoca recuerdos queridos, deseando renovar aquel afecto hondo, esencial, de otros tiempos, aquella comunidad de espíritu que nos hacia vernos unos á otros como inseparables compañeros de viaje en el mundo, marchando unidos por una misma preocupación á la conquista de las ilusiones. ¡Qué desencanto!... Muchos me querían, demostraron quererme de veras, se alegraron de volverme á ver; pero ¡de qué manera tan superficial, con qué falta de calor! Había un abismo entre aquello y lo de antes. Para ellos, la vida, lo principal, era ya otra cosa: los negocios, la política, el mundo... Nuestra amistad, un detalle, un

momento episódico en que se piensa de vez en cuando, en los ratos de ocio, de respiro que dejan los demás cuidados... No me entendían cuando les hablaba de nuestra vida propia, de lo que era especial nuestro en aquellos días fogosos de la adolescencia. La vida *interior* se les había escapado, la habían dejado apagar, ó llevaba sobre sí tanta ceniza de pequeñeces exteriores, que no calentaba ni aun removiendo la cubierta. Pronto me convencí del cambio. Ellos eran *otros*: hablabamos idiomas distintos. ¡Y sin embargo, muchos de ellos se hubieran atropellado por hacerme un favor de esos que hacen todos los hombres buenos!

»La misma desilusión, vida mía, tengo contigo, y ¡con cuánta pena la confieso, con qué pesar me la revelo á mi mismo! Me parece imposible que no veas esta diferencia que yo hallo entre mi Julia de hace unos meses y mi Julia de hoy, y que pienses en disminuciones del cariño, en cansancios de mi culto á tí. Por el contrario, te adoro como el primer día, digo mal, mucho más, porque el amor verdadero y firme se acendra con el tiempo, con el roce, con la penetración de las almas..., y también con las penas.

»Entonces, oigo que me preguntas, ¿qué te pasa?, ¿cuál es el motivo de tu desasosiego?, ¿qué fundamento tienen las cavilaciones que te atormentan? ¿Cómo dices que soy ahora menos *tuya*, cuando me ves cada día más tierna, más apasionada de ti? ¿No te dicen nada mis cartas?

»Sí, sí; me dicen, de prisa, de prisa (en los pocos momentos que tu vida agitada te permite dedicarme), que no me olvidas, que me quieres, que tu afecto *personal* sigue viviendo, á pesar de todo. Pero ya no es para tí, no puede serlo, lo más grande, lo más *presente* á tu atención, á tu pensamiento. Acuérdate cómo eras cuando te conocí y cómo te hice yo, por la fuerza de mi cariño. Todo tu tiempo, todos tus cuidados, eran para el mundo; vivías para los demás, en la calle, en las reuniones, en los teatros, atropellando las horas, disipando tu tiempo, saliendo siempre afanosa de casa para ir á cien partes donde los tuyos, *tu mundo*, se divertía consumiendo la vida en pequeñeces, en futilidades; y volvías ya tarde, rodeada de tu familia tan fatigada como tú, para dormir un sueño profundo, letárgico, y comenzar de nuevo al otro día la fiebre de vuestra existencia. Ni un mo-

mento de descanso, de recogimiento para pensar en tí propia, para vivir con tu espíritu—que es lo más alto y hermoso que tienes,—para sentir la delicia inmensa de la intimidad, de la *hermandad de alma* con alguien, de ese perfume delicadísimo de la conciencia que sólo se exhala en el retiro; en el alejamiento de lo externo, que se disipa al contacto del mundo de los *ajenos* (que son los más), y que es indispensable como contrapeso de lo que las pequeñeces de afuera nos comen de tiempo y de atención, así como para *encontrar*, de vez en cuando, lo más hondo, lo más elevado de nosotros mismos.

»Comprendí en seguida que el afán con que te entregabas á tan inútil derroche de vida, era un engaño para tí propia. Tu espíritu inquieto, deseoso de algún motivo grande que lo alimentara, no habiéndolo encontrado en la sociedad aristocrática en que naciste, te arrastraba, de desengaño en desengaño, pero también de ilusión en ilusión, á través de aquel malsano torbellino de cosas que no te satisfacían y que te iba consumiendo, secándote el corazón, desequilibrándolo, haciéndote creer á tí propia que eras menos buena de lo que en verdad lo eres.

»Me bastó llamarte à tu propia intimidad, poner delante de tus ojos el verdadero retrato de tu espíritu, para que rápidamente comprendieras el enorme engaño en que vivías. Revelóse à ti misma la verdadera esencia de tu carácter, y viste con horror el vacío de tu existencia llamada à más nobles ocupaciones. La dulzura exquisita y calmante del sentimiento del orden, de la regularidad, que no pueden comprender muchos de los hombres de hoy—de los que están, como ahora se dice, «desequilibrados» y padecen el apetito de lo extravagante, de lo anormal, de lo prohibido,—brotó en lo profundo de tu conciencia como raudal riquísimo de frescas aguas. Empezaste à vivir para ti misma; y en ese retorno à tu intimidad, te hallaste conmigo, que así te amaba, que así te traía à mí, verdadera, sólidamente. Y tú me devolviste con creces aquella delicia de poseer un rinconcito de vida propia que yo te había enseñado; un rinconcito secreto, cerrado à los demás, à los importunos, à los curiosos, con muros más altos y más continuos que los de las casas árabes, donde se puede amar de veras, con sinceridades que se asustan de las miradas del mundo, pero que son la flor más

delicada del amor. Entonces creí que tú serías mi compañera en la vida, la diosa de mi futuro hogar, el centro de lo más personal que en este mundo podemos obtener, à condición de no abrirlo à los cuatro vientos para que en él curiosease la indiscreción humana.

»Y ahora, ya no eres *esa*; ya te siento otra vez cogida por el engranaje del mundo, sin mirar adentro de ti misma, viviendo para los otros, para los mismos que, en substancia, nada te importan. ¿Qué más da que me quieras, si me quieres con prisas, pensando en otras cosas, dándome la superficialidad de tu espíritu porque no tienes sosiego para dejar que surja en ti la voz de la intimidad real del afecto, si no puedes, al cabo, sentir hondamente, con profunda remoción de todo tu sér? Para llegar à una comunión perfecta de alma, se necesita tiempo, reposo, olvido completo de lo extraño. Hay que limpiar la inteligencia y el corazón de todo otro cuidado, para dejar sitio al que importa, y esperar à que se apodere de nosotros y nos domine. El verdadero amor—que está en eso—es como la inspiración de los poetas, el verbo nuevo de los grandes hombres: nunca brotó ninguna idea

original en los turbados por otros afanes; para hallar la intensidad de la emoción, ha de recogerse el espíritu, contemplarse á sí propio, sin intermediarios ajenos. Las grandes ideas, los sentimientos dominadores, gozan, como los cuerpos materiales, de la condición de la impenetrabilidad. Si encuentran el sitio ocupado, retroceden; y su momentánea aparición, relámpago lejano de fuego que no abrasa, sólo da la ilusión de que están allí presentes.

»No puede satisfacerme que me quieras así. Tu alma distraída nada me dice. Quiero tu intimidad, quiero ser en tu vida interna algo esencial, lo que era antes. No me conformo á ser *una cosa más* en el torbellino de las muchas externas que llenan tu tiempo, sin penetrar en tu espíritu, verdad es, rozándolo apenas, pero impidiéndole que se entregue abiertamente á dar fruto propio, á espaciar la riqueza de su emoción íntima.

»Querer de otro modo, es puro engaño. Cuando no ocupa el lugar escogido en nuestra alma, el amor es una sensación más; y de esas está lleno el mundo. Lo verdaderamente humano es más alto, y quien no pueda llegar á ello no sabrá nunca lo que es amor. ¿Por qué te empeñas en ser

menos de lo que puedes ser en la vida? ¿Por qué rehuyes uno de los más grandes y más nobles placeres que pueden estremecer el alma humana?

»Vuelve en tí, amada mía; deja á los otros que se disipen en exterioridades sin finalidad. Entra en tí propia, y en el sagrado de tus más puras y vivas intimidades hallarás de nuevo la vida real, la única que merece vivirse.»

.

